

dunas amarillentas. Por instantes, aquellos baluartes se apartaban y se veía un puerto verde y gozoso, casitas y árboles. Aquellos pasajes eran peligrosos; pusieron la proa al mar.

La fatiga, con todo su peso irresistible, ceyó sobre Shakespeare. Se fué al camarote, y murmuró largo, largo tiempo.

—Has dormido diez horas—le dijo, después, Blackaff.

Cuando salió de aquella tumba, la noche era completa y sombría, porque las nubes ocultaban la luna y el Triton vogaba en las aguas de la Meuse.

II.

—¡Alto! ¡alto! Deteneos si no quereis que echemos á pique vuestra infernal cáscara!

Estas duras palabras salían del fondo de la noche, á alguna distancia. Eran dichas en alemán. Shakespeare, gracias á su padre, hablaba desde la infancia esta lengua. Pero ese grito, esa amenaza extranjera, le llenaban de alegría el alma, porque le significaban lo lejano, lo desconocido, las emociones nuevas.

Fanales corrían sobre el río. ¡Los Mendiges! Los Mendiges! repetían en su lengua los marineros del Triton, aterrados. Amarraron rápidamente las velas. Dos ó tres barquichuelos llejaron á la nave. Unos diez soldados, con agilidad de gato, escalaron el puente. Llevaban linternas y se distinguían ángulos de caras belicosas, un bigote levantado, una mirada sombría y el brillo de los correajes.

—¿Qué tienes á bordo?—preguntó buenamente el jefe á Blackaff.

—Vengo de Dourze, por especie, capitán. Un habitante de Stratford me acompaña.

—¿En donde está? ¿Quién es? ¿A qué viene?

Shakespeare sintió sobre su cara el calor de la linterna que le iluminaba vivamente. Respondió bien á las preguntas. El interrogador pareció satisfecho; y dijo gruñendo:

—Está bien, está bien.

Y volviódese á Blackaff:

—Salsa ayer, eh?

Le respondió una carcajada.

—¿No habéis encontrado asesinos?

Los asesinos eran los españoles.

—No. No se arriesgaban.

Esta adulación pasó inadvertida.

—Para lo que les importa! Se nos ha señalado una de sus galeras frente á Ostende. ¡Ah! malditos sean los perros! Desde hace un mes, cuando le mataron.... ¡Cuándo lo habéis sabido en Londres!

Blacknaff comprendió que se trataba del homicidio de Guillermo el Taciturno; pero sus ideas respecto á esto no eran muy claras. Y balbució:

—Hace unas tres semanas. Sí, tres semanas: eso es; ó quindias.

Shakespeare deseaba datos de una tragedia que suponía grandiosa.

Dió un paso hacia el alto personaje del cual se adivinaba ahora la barba puntiaguda y la cara resuelta, boceto pálido entre las tinieblas.

—¿Fue en Delf, verdad, dónde pasó eso?

—En Delf. Un francés, pero pagado por los otros.

Durante este diálogo, los Mendigos rodearon á Cook, Bobly, Tom, la tripulación del *Triton*, y dieron detalles sobre el drama que apasionaba á la Holanda. Se oían exclamaciones, juramentos, el chapoteo del agua á lo largo de las barcas amarradas á la nave. Las linternas, colocadas sobre el puente, iluminaban piernas cubiertas de botas, puntas de espadas y junturas de capas. Más arriba, una faja oscura, y luego la fina silueta de los mástiles más negros que la masa inmensa del cielo.

Cuando esa cohorte hubo desaparecido con un terrible estrépito de armaduras, patos, imprecaciones, Blacknaff dió un largo suspiro, mientras las velas cerradas se llevaban por el río al *Tritón*.

Sí, hijos míos ¡buen desembarazo! son buenas gentes. ¡Pero hay... los crapulosos!

Porque los mendigos eran casi tan temidos de los navegantes, como los españoles.

Sobre el Meuse brillaban linternas, pasaban barcas—comerciantes ó pescadores—que señalaban su aproximación por largos gritos, especies de melopeas lánguidas: "Paso á la izquierda.—A la derecha.—Nos acercamos á bordo.—Sígueme la orilla.—Para dónde?—De qué país?"

El viento se llevaba las respuestas, Williams se asombraba de la destreza de los del timón, que apesar de la oscuridad, evitaban los abordajes. Saboreaba esa fuga, ese roce de pájaros de alas ostendidas y las luces amarillas ó rojas multiplicadas por el agua. Entrevió las orillas lisas del Meuse, vastas llanuras semejantes á pantanos. Tenía aún el espíritu sacudido por la aparición de los Mendigos, por sus caras enérgicas y el aire tranquilo que brillaba en sus pupilas. Blacknaff murmuraba rodando una cuerda:

—Qué me importa á mí el Taciturno!

Este frase de cobarde y la risa de los marineros, hicieron al joven esquecerse de sus compañeros. Pronto á apasionarse por toda causa en que su imaginación tomase vuelo, se excitaba contra los españoles, representándose los inferiores y cobardes. Sin conocer nada de las causas que hacían de ellos los tiranos de Europa, admiraba la energía de sus adversarios los holandeses, su resistencia tras los baluartes de cadáveres, entusiastas carnicerías cuya relación llegaba á Inglaterra deformada por las cajas de los buhomeros ó las bocas de los traficantes en leyendas, coplas, grabados grotescos, historias contadas junto á las chimeneas, á lo largo del Támesis ó por los caminos, historias llenas de matanzas, de furores, de agonías y de esperanzas.

—Tan bello como en la antigüedad, tan bello como en la antigüedad!—repetían pensando en esos espectáculos que iban ver de cerca. Porque inquiriría las menores circunstancias. Preguntaría por los hijos de las víctimas, las viudas y las ruinas humeantes. Yndagaría la venganza. La venganza! Proyecto arduo, que despierta al vengador dormido, por la orden imperiosa de la tarea que hay que cumplir, que acompaña el trago que se come, el aire que se respira y las otras palabras que se dicen para engañar mejor. Se acurruca y se calienta en una

hipocresía ardiente. Ahueca los rasgos como un mal profundo. Una arruga por cada puñalada que no se ha dado. Es la gran organizadora de dramas y heroínas. Asegura la continuidad de las violencias.

—Tan bello como en la antigüedad!

Aquel Meuse sobre el cual flotaba tantas pasiones, superponía su historia trágica á la del Tíber, iluminándola vagamente, cuanto lo permitía el corto número de los farales. Botas ó coturnos, túnicas ó jubones, cascos ó pesados sombreros de fieltro empapados de travéz, á lo *bravo*, todos esos accesorios de comparsas, recubrían actores idénticos. La caída de Guillermo el taciturno era el eco de la de César.

—Pero lo que el libro no dá, lo que mi espíritu mascaba en el vacío, es el relieve de las carnes y de las multitudes que momentáneamente sirven para expresar las pasiones. César, Bruto, Antonio, Coriolano, Timon siguen siendo para mí sombras flotantes. Me persiguen y no puedo llenar de vida sus espectro-impalpables. Mañana tendré con que alimentar esas visiones. Yo haré remontar los siglos á las lágrimas que corren hoy. Esos mendigos serán mis preterianos. El menor que pase ante mis ojos me dará, febril, los gestos de Roma. Extraña terquedad la de la humanidad, que desde que se elevaron las escenas del mundo, repite siempre la misma comedia, con las mismas circunstancias, los mismos altos y bajos de fortuna, las mismas vacilaciones y las mismas crisis. Es una serie de huellas en donde todos los pasos deben aplicarse, un desfile de monos saltadores ó juiciosos, cuyas sombras se adaptan y se confunden.

El *Tritón* se metió en un canal mas estrecho. Sobre las orillas se alzaba un amontonamiento de casas, siluetas iamóviles sobrepujadas por los mástiles vacilantes, porque había allí navíos de todas formas y de todas dimensiones: redondos y rechonchos, delgados ó cuadrados, recubiertos de castillitos de popa, de bultos y sobre cuyo puente saltaban y corrían marineros atareados.

La tripulación del *Tritón* se entregó á una maniobra complicada. Se trataba de amarrarse á uno de esos bateles, visto

lo lleno que estaba de ellos el canal. Fueron llamamientos, diálogos sin fin, temblor de linternas, apariciones de altas estatuas sombrías. Blacknaff hablaba bastante mal el alemán. Shakespeare tuvo que servirle de intérprete.

—¿El mar está tranquilo en el estrecho?

—¿Habeis encontrado españoles?

—Imposible daros una cuerda. Nos vamos mañana. Y os estaría trabajo el separarnos.

—¿Cómo va el negocio de las especias?

Los caracteres salían de la obscuridad, afables ó brutales, indiferentes ó rencorosos, pero sobre todo, desconfiados. Por fin se halló una nave inglesa, de apariencia maciza y segura, que por la boca de su capitán consintió en servir de intermediario entre el muelle y el *Tritón*. Este quedó fijado sólidamente á su compatriota.

Mientras los marineros se ocupaban en animarla, Blacknaff y su pasajero descendieron á tierra. Sobre el muelle, mal alumbrado, había poca gente. Sin embargo, el capitán tuvo a ocasión de saludar con su terrible risa, á algunos camaradas. Shakespeare le había dado las dos monedas de oro. Llevaba la alforja sobre la espalda, sujeta por una correa sólida. Con pie alegre, media el suelo extranjero.

—Oye—le dijo Blacknaff—puesto que no conoces á nadie aquí, voy á conducirte á *La Escudilla de Madera*, la posada de un amigo mío, el bueno y honrado Moorels. Tiene una hija linda, una mesa famosa y lechos excelentes. Te vas á quedar mucho tiempo en Rotterdam?

—No sé. Eso dependerá de mi capricho.

—Pues que tu capricho escuche mi consejo. Este país es presa de facciosos.

El capitán fingía un lenguaje solemne.

—No te declares á favor de los unos ni de los otros, porque no se sabe nunca quién es más fuerte mañana. Desconfía de los aires bonachones de ese que es holandés. Son ladrones y rencorosos, y en cuanto á tu cinturón relleno de oro, déjalo siempre en lugar seguro.

Habían atravesado una calleja estrecha é infecta. Sobre el

29892

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"EL UNIVERSAL"

pavimento roncaban algunos ebrios. Seguían otro corral más ancho que el primero, bordado de altas casas, cubierto también de navíos, cuyos mástiles hormigaban como un ejército de lanzas, la cálida noche de Agosto engendraba olores raros, en los que dominaba el alquitrán y la vieja madera.

Un grupo de hombres balanceando faroles les detuvo. Como hacía un momento, el Jefe de los Mendigos, el que mandaba la patrulla, les preguntó de dónde venían y á dónde iban, Blacknaff enseñó un pasaporte grisiento que bailaba en sus dedos. Estas alertas extasiaban á Shakespeare. Amaba ya esa comarca inquieta, en donde eran tensos los espíritus, en donde se sentía temblar en la sombra los espías y los traidores, caracteres pintorescos y envueltos en vergüenza. ¡Qué contraste con las noches tranquilas de Stratford el grito del sereno ó del botero acechando á los retardatarios sobre su botecito!

Blacknaff no compartía su satisfacción.

—¡Sucio país!—gruffía—donde está uno siempre entre las patas de los soldados! Esta gente no piensa más que en molestar, en brutalizar y degollar. Es su oficio. Detestan á los comerciantes. Quisiera que se mataran todos unos á otros. Ah! al fin llegamos!

Con su puño sólido llamó á una puertecita. Se abrió. Los dos compañeros penetraron en una sala bastante grande, pero baja de techo, en donde muchas personas bebían, sentadas ante largas mesas. Gruesos quinqués pendían del techo. El calor era sofocante, y por decirlo así macizo. Olfía á sudor, á carne y á encierro.

—¿Qué! no está el patrón!—vociferó Blacknaff, cuya timidez tomaba así las apariencias de la osadía.

—Señores, mi padre va á venir. Ha sido buena el viaje, capitán!

—Excusad, Eva, no os distinguía en esta multitud. Pero hemos salido bien de la travesía, aunque el mar parecía una vieja mula y el granizo se rompiera sobre nuestras cabezas. Os traigo un viajero, el señor William Shakespeare, de Stratford.

—Bien llegado, señor.

de una de las...
"ESTO ES..."

Shakespeare miraba á Eva, joven delgada, de ojos azules y de facciones delicadas. Sus cabellos, de un rubio muy pálido—los más lindos del mundo—se hallaban peinados armoniosamente retenidos con una redcecilla, la cual descendía hasta la nuca; las sienes estaban sujetas por dos medallitas de oro. Tenía los brazos desnudos hasta el codo, algo gordos para su talle, pero terminados por manos finas, y se los acariciaba ruborizándose y arqueando cadenciosamente su pie derecho, que parecía un ratoncito.

Mientras buscaba un cumplimiento, de los que pudieran en aquel recuerdo casto y dulce, el tío Moorels llegó, llevando bajo cada brazo una botella. Su cara era una verdadera calabaza, cuya corteza, cocida por ese sol interior, que es la buena comida, había pasado al rojo vivo. Cuatro ó cinco papadas descendían sobre su cuello, anchas, confortables y beatas. Sus ojitos, algo chinos, en su cara estirada, lucían de malicia jovial, y sus enormes brazos cortos formaban dos asas para su panza, que palpaba siempre hablando. Y de ese cuerpo ancho y rechoncho, de esa boca hendida como en un pedazo de buey, salía una voz delgada y chillona, órgano paradójico y ridículo.

—Siempre sanote, eh, tío Moorels! Nadie se pone flaco en *La Escudilla de Mañera*.

Blacknaff le sacudía, le hacía voltear como un grueso bebé á quien se admira, golpeándole los hombros, el vientre, los muslos y la espalda, asegurándose de la buena calidad de esa carne opulenta. El posadero había dejado las botellas y se reía cuanto le permitía la excesiva hinchazón de sus mejillas.

La ruidosa hilaridad de Blacknaff exasperaba la atención de los bebedores, y Shakespeare distinguió una variedad de caras de un tipo nuevo en absoluto para él. La grasa no era la misma que en Inglaterra, y la flacura tenía algo de particularmente anormal y cruel. Las carotas inflamadas parecían hacer prima, así como también las barbas puntiagudas, y todos esos pillos soberbios, robustos, con sus trajes sencillos y ricos, daban la impresión de una fuerte raza.

—Te lo confío, joven—repetía Blacknaff—presentando á

Shakespeare, mientras Moorels movía compungido la cabeza. Es un buen muchacho, voto al diablo! Ah, ah, ah! Voto al diablo! No le tiene miedo á nada, ni á los peces, ni á los marineros, ni á la tempestad, ni á la botella tampoco. Ya tu me entiendes, vieja odre, viejo tonel, viejo pie de parra. Es, destapadme una. Me voy pasado mañana. Y esta noche, lo que es esta noche, la paso de juerga. Ah, ah! Una buena, eh! Moorels, una famosa.

—Eh, oye tú, patrón. Eh, oye tú! Un aguardiente y del bueno!

Aquella voz hablaba en inglés detrás de Shakespeare. Volvió la cara y vió un hombre largo, mirada de negra, bajo un gran fieltro de plumas.

—Un compatriota nuestro—dijo respetuoso Moorels;—el caballero Jehn, mi mejor locatario.

Eva volvió con vasos y una vieja botella cubierta de polvo. Al disponer una mesa, sus ojos se encontraron con los de William. Sonrió.

—Verdad que mi pequeña es muy linda?—dijo orgulloso el posadero. —Y buena! y trabajadora! Desde la muerte de mi pobre mujer es ella quien lleva toda la casa. Y está muy limpia, muy bien cuidada, brilla como el oro; hay que verla. Es á un tiempo mi hijo, mi madre y mi dama. Si me dice: arrojate al canal, me arrojaría gozoso. Sí, será rica. Tengo una buena casa, conocida y antigua, además de *La Escudilla de Madera*. Por aquí han pasado los más altos personajes, y nuestro pobre señor, ¡Dios tenga su alma!, ha venido tres veces y ha hecho bailar á Eva sobre sus rodillas y le ha silbado una marcha guerrera. Pero Eva no lo recuerda. Era demasiado niña.

La joven, á quien conturbaba este orgullo, se dirigió hacia el fondo de la sala.

—Es orgullosa y tímida—continuó extasiado el padre.—Qué bien anda! El domingo, en vez de correr con las chicas de su edad, se queda aquí y me lee. Y luego, nos sentamos ante su puerta. Trabaja con su aguja y yo lo mismo, mientras tiene inclinada la cabeza; y créame usted; cada cinco minutos tengo que levantarme y besarla!

Blacknaff conocía esta manía paternal del grueso Moorels y mientras probaba su aguardiente le dejaba hablar. Y castañeteaba su lengua, limpiándose la barba con el dorso de la mano.

—Seréis nuestro huésped por largo tiempo?—preguntó el posadero á Shakespeare.

—Según y conforme. Viajo por gusto. Visitaré las curiosidades de la ciudad.

—¿Las curiosidades, señor! Si no las hay,—gritó Moorels con su vezaguda, con el gesto sóbrio y cómico de sus brazos demasiado cortos.—No hay en nuestra ciudad más que comerciantes, marineros y soldados, como en todas partes. Antiguamente había riquezas, tesoros, bellas casas; pero todo quedó arruinado, pillado y saqueado. Nadie es aquí ya, ni siquiera alegre. Desde la terrible desgracia del mes pasado, no veis más que casas tristes y lágrimas en los ojos.

Y suspiró.

—Amábamos tanto á nuestro Guillermo! Después de mi hija, era la persona á quien más adoraba. Ah! no es á Holanda á donde hay que venir para entretenerse! Siéntate un momento á mi lado, linda, Te fatigas sirviéndonos tanto.

Y sujetaba á Eva por el talle. Esta obedeció. Parecía distraída y sus ojos azules seguían alguna imagen lejana que le impedía mezclarse á la conversación.

El aspecto de la bella inflamaba á Shakespeare. Sin ella podía comprenderlo todo, pero era tarea seca é ingrata. Con ella, comenzaba á sentir, y el entusiasmo nacía en él de un suave perfil ó de un pecho que se levanta armoniosamente bajo el corpiño. Dijo á Eva algunas frases galantes, pero esta no las escuchaba. Tenía hundida la barba en sus manos, en donde chispeaba una sortija de oro.

—Déjale que diga lo que quiera, querida mía. El señor no es un galante, puesto que está casado y tiene dos hijos. Porque mirad, Eva le tiene terror al matrimonio. Ha rechazado los mejores partidos. Mirad á ese, en el fondo de la sala, sobre el tercer banco. De desesperación se ha reclutado en los Mendigos. Es el hijo bastardo de un gentil hombre. Adora á Eva. Eva no le ha querido. A mí, que soy viejo y egoísta, me gusta eso.

—Las mejores cosas deben cesar—grufió Blacknaff, quien había bebido mucho de la botella y no quería perder su noche—A tu salud compañero y á tu dichoso viaje.

Y chocó su cubilete contra el de Shakespeare.

—Bebed á la venganza y en voz muy alta—dijo Moorels.—Es la costumbre después del homicidio.

—A la venganza!—aulló Blacknaff.

Y la sala entera se puso de pie y las voces robustas respondían gravemente: «A lo venganza!» Shakespeare notó que una sonrisa singular plegaba la cara del caballero John; pero tembló de placer ante ese odio. Verdadera sangre corría en las venas de los bebedores. ¡Quién hubiera creído que esos pesados organismos sufrían así el quebrantamiento de los sentimientos extremos?

—Y no habéis bebido también á la venganza?

—Sí, señor, soy patriota y quisiera que se matara, hasta que no quedara ninguno, á los españoles.

La blanda Eva pronunció con adorable energía estas palabras sanguinarias, y Shakespeare miraba aquellos labios más hechos para los besos que para las mordeduras. Al rededor de su cuello de tórtola había un collar de terciopelo del cual pendía una cruz. De modo que esos puntos brillantes en los dedos, en las sienes y sobre el pecho realizaban su gracia ligera. Las sirvientas de Diana tenían, sin duda, ese continente y ese ademán.

Blacknaff, paternalmente, abrazó á su pasajero.

—He ahí—se dijo el joven—una risa en la tempestad que he confiado á mi memoria. Viajo solo hace dos días y esta bella barba pertenece al pasado. No importa; el último hilo que me ataba á Inglaterra se ha roto.

—Es un gran capitán—dijo Moorels, después que el coloso se fué.—Vosotros no debéis tener muchos al nivel suyo, en vuestra isla. ¡Y con apetito! Le sirvo, diariamente, cinco comidas. ¡Recuerdas, adorada mía, cuando habló de comerse él solo, 8 pollos? Y á fé mía, cumplió su palabra; la salsa le salía por las orejas. Yo os daré, señor, el cuarto que está junto al mío. Es grande y confortable. Ya han llevado á él vuestra alforja.

Todo lo que necesitéis, reclamado. Y perdonadme si me ocupo ahora de mi clientela.

Eva, con aspecto de sonámbula, siguió á su padre.

Shakespeare se quedó solo ante los vasos y las botellas. Entonces aquel á quien llamaban el caballero John, acercó su silla á la de él:

—¡Sois inglés, señor?

Y bajó el tono:

—Pienso que la desaparición del Taciturno os deja bastante frío.

El poeta se puso en guardia, pues la mirada de su interlocutor le impresionaba.

—Cuando se viaja, hay que experimentar algo las pasiones del país que uno recorra. De otro modo, el placer sería insípido.

La dulzona fisonomía se hizo de pronto atenta y helada.

—Es un punto de vista. Pero para quien estudia sin sufrirlas, las pasiones, el placer es más vivo.

La argucia de William se despertó. No le disgustaba salir de las conversaciones vulgares.

—Creo, señor, que para observar bien, es preciso sentir.

—Es verdad. Pero hay una manera de sentir, conservando intacta su personalidad.

—La hipocresía.

—Acabáis de nombrar una facultad sublime.

—Somos casi de la misma opinión. He deseado siempre ser cómico.

—Perderéis en ese oficio el alma. A qué subir sobre el tablado cuando la vida es una perpétua mascarada? Si no me os basta un solo papel, tenéis toda la serie: el enamorado, el guerrero, como esos bravucones que sacuden sus espadas aullando *venganza*; el príncipe y el traficante. Y el repertorio es variadísimo.

Y el caballero John se vertió un vaso de aguardiente, que arrojó en una boquita de labios finos, enmascarados de un largo bigote oscuro.

Las maneras aquellas y cierto acento, habían hecho pensar á William: «Este no es un inglés.» Y apoyando su duda:

—¿Sois de Londres mismo, señor?

—Del mismo Londres.

—¿Hace mucho que estáis en Holanda?

—¿Qué importa?—eludió alegremente el personaje.—Sois joven, y aunque inteligente, igual á las gentes del pueblo, que quieren en seguida saber con quién tratan. Dejadme con esta vaguedad. Así picaré más vuestra curiosidad y prestaréis más atención á mis frases. Mi edad será para vos una garantía de sabiduría. Tengo 43 años.

—He conocido un loco que tenía 64 años.

—Mucho orgullo—prosiguió el caballero, como hablándose á sí mismo.—Perpicaz, fiero y leal. Perdonadme. Estoy trazando en alta voz las líneas de vuestro carácter....

En este momento resonó en la sala un tumulto espantoso. Se había elevado una discusión entre dos grupos de bebedores. Los puños golpeaban las mesas. Una de las vociferaciones surgió y apostrofó á otro de cerca, como un perro; sus ojos saltaban, inyectados de sangre. Crispaba una mano sobre el pomo de la espada. La otra azotaba con furor el aire.

—¿Erais de esa expedición? ¿No, verdad? Os calentábais las pieras mientras nos mataban.

El grueso Moorels trató de interponerse, pero en vano.

—Os habéis hecho Mendigos cuando ha pasado el peligro; cuando no hay ya más que vagabundos. Y como todos los cobardes, decís que los otros mienten.

—¿Cobardeis nosotros?

Hubo un tumulto, un remolino, un escándalo. Una pesada botella, lanzada terriblemente, rozó la cara de la blonda Eva y se rompió en mil pedazos contra la muralla.

A la vista del peligro que su hija había corrido, tuvo el posadero un violento acceso de rabia. Su enorme cara palideció. Se arrojó entre los combatientes.

—¡Por poco matais á mi hija! ¡Canallas! ¡bandidos! ¡largo de aquí! ¡no más! ¡no más! Aunque seais mendigos os mataré á todos!

Agitaba furioso sus bracitos. Su voz estridente aumentaba lo cómico de sus transportes, de tal modo que todo cambió y hubo una tregua irónica.

—Has perdido la cabeza, vendador de pescado.

—Más alto, más alto, vete!

—Te fundes en tu grasa!

Eva había corrido junto á su padre. Procuraba hacerle callar y consolarle.

—No me han hecho mal. No era su intención.

Sus ojos tan bellos, imploraban la indulgencia. El la acariciaba, la abrazaba y luego comenzaba de nuevo sus invectivas.

—Mi adorada, mi encantadora, ¿y si te hubieran tocado? ¿Y si te hubieran herido? Los hubiera matado.... ¿No has tenido miedo? ¿no caerás enferma? ¿Quién es el pillo que ha lanzado esta botella?

Agitado, calló sobre un banco, pero tenía sujetos los brazos de su hija y los cubría de besos. Los gentiles hombres se encogían de hombros. Su alegría había cesado. Aquella reunión acababa malhumorada.

—Adiós, viejo loco. Si vuelvo á poner los piés en este tugurio....

—A mí me inspiran risa vuestros parroquianos. ¡Buenas noches! ¡Idos al diablo!

—Le hablaremos de tí.

Uno á uno—por grupos murmuradores—se fueron los clientes. Shakespeare, á quien había interesado toda esta escena, le miraba irse con su traza descuidada y altanera; la mayor parte de ellos, ventruados, con sus anchos cinturones de cuero; otros más avispados y más jóvenes, portadores de finas espadas ó de puñales; admiraba aquellos movimientos heroicos de pavo y aquellos cuerpos de orgiásticos que se sacrificaban por la independencia de la patria. Los sarcasmos del caballero John le desagradaban. Este, á caballo sobre su silla, murmuraba observaciones descorteses.

—Vaya unos defensores.... Se llaman mendigos y revientan de hartura.... No les faltá más que matar niños.

—¿Por qué no hacéis en voz alta esas reflexiones!

—Porque, joven, vivimos en un tiempo en que no es bue

no proclamar la verdad sino llevando cien hombres de armas detrás de sí, otros cien delante y otros cien a los lados.

—¿Y los martires?

—Daban tanta importancia á sus propósitos que sacrificaban á ellos su vida. Pero era un mal cálculo. Moorels, vibrante todavía, se acercó á ellos.

—Herir á mi hijo! Conocéis eso, señores? Me he indignado, pero no me pude contener. ¡Bah! Son buenos muchachos. Además, *La Escudilla de Madera* es la cita de los patriotas. Me llaman el padre de los Mendigos. Los he alojado en otro tiempo, cuando eso era un negocio. Y he estado á punto de dejar ahí la la piel. Por fortuna, la niña no estaba conmigo; la había mandado al Norte, á casa de una parienta, donde no llegaban los asesinos.

Eva, ayudada de algunas sirvientas, alineaba los vasos y las botellas. Cerraron con pesadas barras las ventanas.

—Mi adorada es muy patriota, como ella misma os lo decía, señores. Y animosa. Una verdadera leona. Cuando supo el homicidio del Taciturno, se volvió loca. Amotinaba á la gente que pasaba. Ah, qué escándalo! Le enseñé las canciones de antaño, de mi juventud. Está en ellas magnífica. Eva, deja la vajilla y cántanos algo, antes de irte á dormir.

—Pero padre, se me han olvidado....

—Telo ruego; si no, me pongo triste.

El caballero John insistió. Por último, la joven fué á sentarse al lado de su padre, y echándole un brazo al hombre, con voz algo áspera, pero muy expresiva, entonó una canción hermosa escrita en odio al duque de Alba. Moorels rujía el refrán.

Las miradas del viejo recordaban. Veía de nuevo las horas implacables, las llamas de las piras, los monjes, los crucifijos alzados sobre osarios, de los parientes, de los amigos, que confiaban su causa á los supervivientes, á través del humo y de los cantos litúrgicos. Esas fieras imágenes agitaban sus músculos, dando á su pensamiento el recuerdo. Eva comulgaba en esas ideas con él. Con sus ornamentos de oro y sus ojos duros, en aquel instante le pareció á Shakespeare una amazona antigua. Contemplaba atentamente

sus manos rígidas, su cuello hinchado por el sonido y la cólera, su nariz delgada y su boca burlesca. Los hijos de esa cantante serían vorones, y sus espadas bailarían una zambra feroz sobre los nervios de los enemigos. Así se siembran los vengadores. El que levantará una raza está concebido por el amor, en una noche de estrellas, por una muchacha como esa y un hombre á quien se han matado los suyos. El ardor de sus rencores se junta al de sus besos, y sus cuerpos crean un héroe.

Acabó la canción.

—Bravo! admirable!

El caballero John pareció entusiasmado, Moorels abrazó á su pequeña.

—Eh! Había yo mentido! Esta chica me trastorna. Yo te adoro, sabes, mi angelito! te adoro de rodillas.

Se arrojó al suelo y juntó las manos.

—Es el corazón de nuestra patria el que late en su lindo corazoncito. Si supierais, señores, la impresión que me hace su voz, me hallarías ridículo. Entro en el paraíso. Oigo á mi mujer y á mi madre, y á viejas que me han querido mucho. Es exaltador y triste. Tengo ganas de sollozar y de saltar de gozo.

Eva, enternecida, se reía.

—Pero levántate, que esos señores se burlarán de tí.

—Tienes razón. Voy á acostarme.

—Primero yo. Buenas noches, señores. Buenas noches, padre.

El la tuvo abrazada durante largo tiempo. Ella, cabelta, desapareció. Moorels temblaba de emoción. Algunas veces por la noche, voy hasta la puerta de su cuarto para escuchar su soplo. Cuando hay viento, no oigo nada. Pero cuando el aire está tranquilo, es como si susurraran hojas.... Desde que amanece entra en mi cuarto y rie y va y viene. Es un pájaro. Me cuenta historias tan picarecas! Parece seria, sí, porque es tímida. Pero bromea y hace muecas. Invita á los que vienen aquí, nuestros vecinos y nuestros conocidos. Cualquiera se engañaría.... don, señores, os fatiga. Cuando se trata de ella, no se callarme. Ah! por fortuna no he sabido quien había tirado esa botella! Vuestros cuartos están

ya aderezados. Señor.... como.... Vuestro nombre es tan difícil de pronunciar....

—Shakespeare.

—Creo que quedareis contento. Buenas noches, caballero. Buenas noches, señores.

Y se fué trotando menudito sobre sus hinchadas piernas. William y sus compañeros se levantaron, saludaron y le siguieron.

A la mañana siguiente muy temprano, Shakespeare vaga por Reiterdam, lleno de aguda curiosidad, exasperado como necesidades sus sentidos, hambriento de visiones, sediento de ruidos, repuesto de las fatigas de la travesía por una buena noche en un lecho confortable. El día era limpio. En frente de *La Escudilla de Madera*, sobre la otra orilla del canal, un enorme molino negro viraba silenciosamente sus alas que parecían moler sin fatiga vastos triángulos de cielo azul. Y en todos los puntos del horizonte, tras las casas y los canales, se veían otros molinos, encarnizados en su tarea, trabajadores (cubiertos de tela) del espacio y del viento. Formaban móviles siluetas entre los mástiles rígidos de los navíos. Esos huéspedes del cielo y del mar acaparaban así la atención, y toda la ciudad respiraba la partida, tenía un olor de lejanía. A aquella hora matinal pasaban por los muelles muy pocas personas; amas de llave apresuradas, ébrios despertados por el sol, y soldados que iban á montar la guardia. Esos tenían miradas deconfiadas y un aspecto serio que probaban un país en estado de sitio; sus pesadas botas martillaban cadenciosamente el suelo. Bien pronto comenzó la vida en las barcas. Los mariceros subieron, limpiaron el puente, izaron y apilaron los fardos. Su labor era regular y sana, y sus gestos tenían solemnidad; la tradición que dá un largo uso. Había extranjeros; todos se hablaban en varias lenguas. Apararecieron algunos burgueses que venían á traficar, mezclando sus cuerpos robustos á los más esbeltos de los navegantes. Una verdadera multitud hervía á lo largo de los muelles. Carretillas arrastradas por perros de ojos buenos, rodaban aquí y allí. Shakespeare amaba ese espectáculo. Cuando iba á Londres, pasaba casi siempre sus días en las orillas del

Támesis, en donde late el corazón de la gran ciudad. Pero aquí percibía fuertemente las diferencias. Todo le atraía á la vez: las sonoridades desusadas del lenguaje, la batahola de las casarías y los intereses, una mezcla singular de guerra y de comercio, la estrecha unión de los navíos, las casas y los molinos. Se esforzaba, en ese país, nuevo para sus miradas, por desentrañar los tipos nacionales, esos grandes caracteres físicos que limitan una raza á algunas familias y dan la clave de los temperamentos. En medio de esos atareados, se sentía el único vagabundo. Hubiera querido participar de los sentimientos por los cuales atravesaba, discutir el precio de las especies, esperar febrilmente una carga que traen las inciertas olas.

Una mujer regañaba á su marido, sólido viejo de facciones enérgicas, pero humilde ante esos reproches. Ella tenía una cara regular, una volubilidad excesiva de palabras, un peinado semejante al de Eva y cuyos ornamentos de oro brillaban al sol. William, en su discurso flamenco, distinguía cifras sobre las cuales insistía más. En torno de ellos algunos marineros se reían, burlones. Cuando pareció cansada, su marido la cogió del brazo y se la llevó dulcemente fuera del grupo. Hubo en ese movimiento tanta delicadeza que el joven se quedó maravillado. Pero estas son bellezas efímeras y secretas. ¿Puede hacerse accesible á otros el misterio rápido de una presión de manos, el instante fugitivo, la circunstancia?

—El dramaturgo—pensaba él, porque su pasión lo relacionaba todo con el teatro—deba dejar á un lado lo que es el perfume de la vida, la esencia del gesto y la mirada, juegos de la atmósfera y el ser por los cuales se ilumina bruscamente un alma. Yo me estoy rozando con un pueblo innumerable. Veo sus formas y su color, asisto á las múltiples escenas que se representan desde el contacto humano y por todas partes presiento lo que no se puede expresar. Se necesitaría un volumen entero, escrito no con palabras, sino con sentimientos y estremecimientos, para traducir la emoción que me ha procurado este viejo. Es que yo estaba en estado de adivinación. Mientras los otros se agitan en la existencia, en donde se cambian toda las ideas, en donde tienen